Bernard Bodinier, Stéphanie Lachaud y Corinne Marache
L'univers du vin: Hommes, paysages et territoires
Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2014, 496 páginas.

Este volumen recoge los textos presentados a las jornadas organizadas por l'Association d'Histoire des Sociétés Rurals, los cuales han sido posteriormente revisados por sus autores y de este modo enriquecidos por los debates allí producidos y por el intercambio de opiniones con los editores. El resultado es una obra sólida, donde la diversidad de los puntos de vista no impide que cada uno de los artículos alcance un elevado nivel académico.

El conjunto de las aportaciones constituye un doble homenaje. En primer lugar, al esfuerzo de un conjunto de personalidades, con Roger Dion y Marcel Lachiver a la cabeza, que elaboraron las obras de síntesis que siguen siendo el punto de referencia de la profesión, ampliamente citados en las comunicaciones. Posteriormente han visto la luz las monografías de René Pijassou, Jacques Beauroy, Benoît Musset, Stéphanie Lachaud y otros académicos, que también son ampliamente seguidos aquí. Tanto en la introducción como en las conclusiones, se remarca que los estudios presentados no hacen sino seguir el camino abierto por los trabajos punteros que han ido forjando un corpus de conocimiento consolidado. Por este motivo, a los investigadores posteriores les quedan dos opciones: la primera, profundizar en temáticas o entornos geográficos ya conocidos mediante nuevas estrategias o el uso de fuentes anteriormente no utilizadas; la segunda, tratar cuestiones o regiones laterales.

Además de recordar a los autores seminales, se va desprendiendo un reconocimiento al viñedo galo. El análisis de sus denominaciones de origen y marcas de calidad, e incluso de los vinos corrientes, evidencia que los franceses se han aplicado desde hace siglos en elaborar vino y grandes vinos. No ha sido fruto del azar, sino de los esfuerzos de viticultores, comerciantes, enólogos, cooperativas, sindicatos y la Administración, que han ido apuntalando el desarrollo de los caldos franceses. Este hecho, siempre presente, salta a la vista en la respuesta dada a períodos críticos, como la crisis filoxérica y la reconstrucción del viñedo posterior, un momento crucial en la definición de los caldos contemporáneos, y que presenta un contraste bien marcado con las dificultades y escasez de apoyo que afrontó la viña española.

Por otra parte, los organizadores, a pesar de centrarse en la evolución de la viticultura gala, han querido, como señala el título del coloquio, reflexionar sobre el universo del vino, y por ello también se encuentran artículos sobre los principales productores europeos, España e Italia, así como referencias a los retos que plantean los vinos del Nuevo Mundo, y dos textos sobre la viña de oriente: Líbano y Egipto. Evidentemente, no se consigue tratar la situación de la viticultura en un mundo global, pero sí se proporcionan referencias y

elementos de contraste para la evolución histórica y geográfica del vino francés.

Los trabajos se presentan divididos en cinco ejes. El primero versa sobre viñedos desaparecidos o reconstruidos y se enfrenta la cuestión de las causas del fracaso vitícola. Las experiencias fallidas, aunque generalmente se sitúan entre los grandes desconocidos de cualquier disciplina, no suelen atraer la atención de los investigadores. De los estudios presentados se desprende que la inserción en el mercado de una viticultura orientada durante siglos hacia el autoconsumo provocó la desaparición de aquellos viñedos situados en el umbral geográfico de la *Vitis Vinifera*, bien por su situación septentrional (Eure), bien por su ubicación en laderas de clima excesivamente rudo (Macizo Central). A pesar de todo, en la segunda mitad del siglo XX la oportunidad que supone un nuevo desarrollo del mercado vinícola y el sostén que puede proporcionar el enoturismo hacen posible la recuperación de ciertos viñedos marginales (también en el Macizo Central).

Sin embargo, el vector geográfico no es el único que tener en cuenta. La elección de las variedades y el amparo de las denominaciones de origen también es una circunstancia crítica en la supervivencia del viñedo. Uno de los artículos analiza el resurgimiento de más de una docena de zonas vitícolas, de dimensiones muy variadas, desde la década de 1960.

El ejemplo de la Champaña, examinado por Woikow, es ilustrativo. Enfrentados al momento crucial de la replantación postfiloxérica, mientras los viticultores del Marne, encabezados por Georges Chappaz, apostaban por variedades nobles (básicamente pinot noir y chardonnay), y descartaban cepas más prolíficas, como el gamay, en la vecina Aube, se opta, bajo la batuta de Charles Baltet, por ésta última. Aquí, la uva seleccionada, pese a contar con una tradición histórica y un potencial de mercado (el champán «democrático»), se reveló *a posteriori* como un profundo error, que llevó al viñedo del Aube a la inicial exclusión de la Denominación de Origen Champagne y a una regresión vertiginosa de la superficie plantada. Sólo mediante la reconversión de la viña hacia las variedades de prestigio se logró la salvación del cultivo.

Pese a que es una cuestión que atañe a diversos trabajos, el impacto de las denominaciones de calidad se reserva para la segunda parte, en la que se contrasta la situación de una región poco conocida, la Lorena, con la Provenza, en la cual destaca la monografía de Moustier sobre la evolución de las denominaciones de esta amplia región. Se observa el papel activo de unos pocos viticultores acomodados que, en la reconstrucción postfiloxérica, utilizan cepas autóctonas de calidad, como es el caso de Bodin, el primero en dotarse de una denominación de origen. Paralelamente, esfuerzos más modestos consiguen denominaciones de calidad de orden menor, que, con el paso del tiempo, obtendrán la calificación superior. Se podría haber situado aquí también el estudio de Celerier y Schirmer que analiza el desarrollo de las AOC francesas a partir de 1960 y plantea los retos a los que se enfrentan con el surgimiento de los vinos de los nuevos países vitícolas, basados en cepas de calidad.

El tercer capítulo se centra en las dinámicas espacio-temporales de los territorios del vino. Aunque es un tanto heterogéneo, el énfasis que le otorgan los editores está justificado por la originalidad e interés de algunos textos. Así, la monografía de García sobre la plantación del viñedo en el llano y en las colinas muestra cómo en Roma, pese a la teórica preferencia por los terrenos inclinados, en la práctica se daban todo tipo de situaciones y los viticultores realizaban prácticas culturales específicas para conseguir el mejor resultado en cada lugar. Fue en la Edad Media cuando surge la aversión al llano, que se prefiere reservar para la producción de trigo, costumbre que se consolida en la Edad Moderna.

Los trabajos sobre la viticultura tradicional en el Líbano y los viñedos de la zona de Venecia, como también los del Egipto faraónico del capítulo siguiente, proporcionan nuevos matices a la matriz espacio-temporal. De esta manera se constata que la restricción geográfica siempre se debe considerar a la luz de la sociedad que habita en ella y de las relaciones de mercado. Así, en Venecia, unos terrenos que hoy calificamos de no aptos para producir vino soportaban un notable viñedo para abastecer una capital en pleno desarrollo, una situación hasta cierto punto similar a la de la viña en el antiguo Egipto, mientras que en el Líbano se mantiene una práctica ancestral, hoy en día en vías de renovación.

El núcleo del capítulo lo constituye, sin embargo, el examen de tres territorios vitícolas franceses: Azay-le-Rideau, que forma parte de la AOC Touraine, en la cual se realiza un análisis *longue-durée* para demostrar la movilidad temporal de las parcelas donde se plantan viñas; el Marne, en el cual vemos la movilidad de los propietarios de viñas durante el inestable período del Directorio (1796-1800); y, por último, un estudio sobre el estado actual de la viticultura en el *hinterland* de Nantes y su AOC Muscadet, de resultados inciertos.

Completan este apartado el relevante artículo de Legouy sobre la geografía de los municipios vitícolas franceses entre 1958 y 2000, que abarca de forma sucesiva los vinos corrientes, las denominaciones de origen y la categoría intermedia VDQS. De esta manera, se reivindica la amplitud geográfica del viñedo francés y la necesidad de no restringirse a los vinos de categoría superior, puesto que otros territorios tienen potencial para alcanzar esta distinción. Comparte la amplitud de enfoque y la intencionalidad el texto de Musset del capítulo anterior sobre las estrategias de producción de los vinos de mesa en la Francia del siglo XVIII. A partir de la encuesta de Chaptal, para los años 1780-1788, se identifican las diferentes maneras en que los viticultores obtenían vinos corrientes para un mercado amplio.

El cuarto eje está dedicado al contraste entre el viñedo policultural de las sociedades premodernas y la especialización orientada al mercado. El trabajo de Baury sobre la Alta Rioja cuestiona que esta zona poseyera una especialización vitícola particular en la Plena Edad Media (siglos XI-XIII). Por otra parte, la viña del Pirineo (1750-1850) es un caso claro de viña tradicional, mientras que en el valle de Montmorency emerge una singular estrategia, en la que

diversas reconstrucciones del viñedo en los siglos XVII-XVIII conducen al policultivo, en una estrategia adaptativa para lograr rentabilidad en una zona de minifundio y con acceso al mercado parisino. Finalmente, Lachaud ofrece un gran estudio sobre la progresiva transformación de la viticultura de Sauternais en la Edad Moderna (XVI-XVIII). Constata que, a diferencia de otros entornos como el catalán, la viña no fue un cultivo colonizador de nuevas tierras, sino que fue monopolizando terrenos que anteriormente compartía con otras labores, en un proceso intensivo.

El último capítulo está consagrado al factor humano en la vitivinicultura, un aspecto que, como hemos visto, ha hecho su aparición en alguno de los artículos anteriores. El estudio de Lavaud apunta que el éxito de los claretes de Burdeos en la Edad Media no fue el simple resultado de la integración de Aquitania en la corona inglesa, sino que las villas del entorno implementaron notables estrategias comerciales. Los magistrados municipales fueron activos en la defensa de sus vinos y en su promoción exterior: los dieron a conocer en el mercado londinense con diferentes técnicas comerciales; crearon la denominación geográfica Graves de Bordeu e impulsaron la estandarización de los caldos.

Por otro lado, Figeac-Monthus pone el acento en la figura crucial del *régisseur* (administrador) de los principales *chateaux* bordeleses en el siglo XIX, que permitió a unos propietarios rentistas contar con gerentes implicados en la coordinación de todas las fases del proceso productivo, desde el campo hasta el mercado, pasando por las instalaciones. Le Bras, por su parte, nos traslada al Midi, donde los negociantes tuvieron un papel clave en la promoción de un viñedo que a principios del siglo XX arrastraba una leyenda negra de falta de calidad. A lo largo de cuatro décadas se integraron no sólo en el ciclo vitícola, sino en todos los puestos cercanos a la administración y la economía (como la banca) y necesarios para la buena marcha de sus empresas, y por arrastre la del sector, hasta el punto de conseguir que los sumilleres parisinos se desplazasen a la región y descubrieran la calidad de estos caldos. Chevet y Hinnewinkel, finalmente, señalan el rol clave de los enólogos y las escuelas de enología en el desarrollo del viñedo francés, en general, y bordelés, en particular.

En las conclusiones se hace referencia al relativo destronamiento del concepto de *terroir*, que ya había señalado Roger Dion. La viticultura es fruto del trabajo del hombre, que se adapta a las constricciones naturales y a las demandas del mercado para elaborar vinos de calidad. Ésta sería la tesis de este volumen sobre el universo del vino, la cual queda patente en los abundantes artículos sobre la variedad de situaciones de cultivo de la viña según las circunstancias históricas y, por tanto, la movilidad del viñedo. También queda claro el momento crucial de la replantación posfiloxérica y la elección de las variedades nobles. Así es como se van construyendo las denominaciones de origen que responden a la implantación en un territorio determinado de un viñedo de calidad. En todo ello juegan un papel central los hombres, sean propietarios vitícolas, administrado-

res, ediles municipales o negociantes de vino.

Alfons Méndez Vidal
Institut Menorquí d'Estudis

Jesús Astigarraga (Ed.)
The Spanish Enlightenment revisited
Oxford, Voltaire Foundation, 2015, 313 páginas

Este libro editado por Jesús Astigarraga, profesor de la Universidad de Zaragoza, es una muestra de que mi querido país, España, tiene mucho que decir en el mundo de la ciencia. Fue en 1782 cuando se publicó una polémica entrada de Masson de Morvilliers en el primer volumen de la *Géographie moderne* de la *Encyclopédie* donde se preguntaba: «¿qué se debe a España? Y desde hace dos siglos, desde hace cuatro, desde hace diez, ¿qué ha hecho España por Europa?», y su respuesta implícita era: nada. «¡Las artes están dormidas en ella; las ciencias, el comercio! ¡Necesita nuestros artistas en sus manufacturas!... ¡España carece de matemáticos, de físicos, de astrónomos, de naturalistas!». El español es indolente, perezoso, apático, porque España es un «pueblo de pigmeos», «es quizá la nación más ignorante de Europa. ¿Qué se puede esperar de un pueblo que necesita la licencia de un fraile para leer y pensar?» La crítica, claro está, iba dirigida desde el anticlericalismo francés a un país que había tenido el honor, o la suerte, de hacer uno de los mayores descubrimientos de la historia, América. Un honor que ellos pensaban que España no lo merecía, lo que fue un sentir común a aquellas potencias europeas que en el siglo XVIII tenían rivalidad militar con España. Así, España quedó al margen del Grand Tour que realizaban como parte de su educación los hijos de la nobleza británica.

Y es curioso que, nuestro complejo de inferioridad, o tal vez el defecto de la envidia, incapaz de reconocer los logros ajenos, ha hecho el rezo recurrente. Esa leyenda negra influyó profundamente en la percepción que la conciencia española poseía de sí misma.

Pero en el siglo XVIII todavía esa imagen, creada de manera intencionada, no había minado el orgullo patrio, y aquél volumen de la vasta empresa enciclopédica dio lugar a uno de los debates más acalorados de la España de finales del siglo XVIII. Tras la publicación de la *Encyclopédie*, la reacción no se hizo esperar, y Antonio José de Cavanilles en 1784, precursor de las teorías modernas sobre el desarrollo sostenible, mostró con gran inteligencia que la acusación era totalmente injusta. Cavanilles demostraba, así, la importancia de España en ciencia militar, en bellas artes, en arquitectura, en pintura, en grabado o en im-